LA ESPERANZA DE IRLANDA



JAMES CONNOLY

LA ESPERANZA DE IRLANDA

"Antes de la conquista, el pueblo irlandés no conocía nada de la propiedad absoluta de la tierra. La tierra pertenecía al clan entero; el jefe no era más que el miembro gerente de la asociación. La idea feudal que intervino con la conquista iba ligada a la dominación extranjera, y todavía no se ha integrado en el sentimiento profundo de la población".

En estas palabras de John Stuart Mill, el observador imparcial hallará la manera de desenredar el lío de la política irlandesa. Los políticos modernos, tan a favor del bando inglés como del irlandés, se han esforzado en habituar a la opinión pública a la idea de que la cuestión irlandesa no nace más que de las aspiraciones del pueblo irlandés a tener más control sobre la administración interior de los asuntos de su país que no les es posible ejercer puesto que la sede del gobierno está en Westminster, y, por tanto, una cierta forma de autonomía, como por ejemplo la "home rule" (autonomía) de la ley de Gladstone (1) es todo lo que hace falta para cerrar la cuestión, y apaciguar para siempre el espíritu de descontento irlandés. Después de esta explicación sobre la historia irlandesa, tenemos que creer que las dos naciones se han visto abocadas a una guerra incesante durante setecientos años, que uno de estos países (Irlanda) ha sido durante todo este tiempo testigo obligado de una masacre sin piedad de sus niños debido al hambre, la peste y la espada; que cada generación ha sido testigo de un reinicio del conflicto y de una repetición del martirio, hasta el punto que el espíritu sensible retrocede ante un examen atento de la historia irlandesa, como ante la crónica de una carnicería, y todo ello porque los irlandeses y los ingleses no han podido entenderse sobre la forma de régimen político más adecuado para Irlanda.

Si esta nueva interpretación de la historia irlandesa era verdadera, se podría perdonar al extranjero inteligente que fijar a un nivel tan bajo las facultades intelectuales de las dos naciones, que en setecientos años no han sabido encontrar la solución para una cuestión tan simple. Precisamente al mismo nivel inferior podemos, sin miedo a equivocarnos, situar la perspicacia de los líderes políticos ingleses e irlandeses, que exhiben complacidos el discreto engendro de la "home rule" como el remedio soberano para la miseria de Irlanda.

De hecho, el tema de Irlanda tiene un origen mucho más profundo que una simple diferencia de opinión sobre las formas de gobierno. Su verdadero origen y su significado interno residen en las circunstancia, según las cuales las dos naciones opuestas tenían ideas fundamentalmente antagonistas en lo que concierne a la cuestión vital de la propiedad de la tierra. Las investigaciones científicas recientes, llevadas a cabo por sociólogos tan eminentes como

Letourneau, Lewis, Morgan, Sir Henry Maine, entre otros, han mostrado claramente el hecho de que la propiedad común del suelo sentaba la base de la sociedad primitiva en la mayoría de los países. Sin embargo, mientras la mayoría de los países hoy llamados civilizados, este comunismo primitivo había prácticamente desaparecido antes del alba de la historia y en ningún momento había adquirido un estatus superior al concedido por la sanción social de tribus iletradas y sin instrucción, en Irlanda formaba parte de las instituciones bien definidas de una nación de eruditos y de estudiantes, reconocido por el jefe y el héroe, Brehon y Brade (2), como el principal fundador de su vida colectiva, y la base de su sistema legislativo nacional. Un hecho igualmente curioso será interpretado, claro está de formas diferentes, según el temperamento y las simpatías políticas y étnicas del lector. El que apruebe el orden actual de la sociedad lo considerará como una prueba de la incapacidad de los irlandeses de asimilar las ideas progresistas, y afirmará, sin lugar a dudas, que esta incapacidad es la verdadera fuente de la miseria irlandesa, puesto que Irlanda no ha preparado a sus hijos para la competitiva lucha por la vida.

LAS ETAPAS DEL DESARROLLO.

El que estudia a fondo la sociología, que cree que el progreso del género humano a través de las variadas etapas económicas del comunismo, de la esclavitud y del feudalismo, así como la esclavitud asalariada, no ha sido más que el preludio de la sociedad futura mejor organizada; que los países más avanzados industrialmente no hacen más que desarrollar a menudo de forma inconsciente, las condiciones sociales que desde el fin del comunismo de tribu original se han convertido en necesarias históricamente para la puesta en marcha de un nuevo orden económico y social, mas justo, en el cual el antagonismo social, político y nacional será algo desconocido; este estudioso considerará quizás la adhesión irlandesa al sistema de la propiedad del clan hasta unas fechas relativamente recientes como el siglo XVII, como el signo evidente de un desarrollo económico tardío, y como un verdadero obstáculo para el progreso. Pero aquel que estudia la historia de forma abierta, que cree que un pueblo puede anticipar por intuición política las lecciones reveladas a él en la triste escuela de la experiencia, no de su admiración por la perspicacia de sus antepasados celtas, que han sido pioneros en la organización democrática del clan irlandés con la organización más acabada de la sociedad libre del futuro.

EL TEMA CENTRAL

Cualquiera que sea la verdadera interpretación de la historia irlandesa, hay al menos un hecho que permanece claro y evidente: el conflicto entre los sistemas rivales de propiedad de la tierra fue el eje alrededor del cual giraron todas la luchas y las rebeliones que tanto abundan en esta historia. Los irlandeses consideraban a sus maestros ingleses con una hostilidad inveterada. No han tenido fe en las promesas de integración en el seno de la constitución, y se han sublevado con entusiasmo contra sus jefes respectivos, porque consideraban primordial este problema, porque, bajo su punto de vista, la dominación inglesa y el Parlamento de Dublín eran identificados como los iniciadores y los guardianes del sistema feudal de la propiedad individual de la tierra, opuesto al sistema celta del clan o de la propiedad común, lo que ellos estimaban ser la garantía de su libertad política y social.

El gobierno inglés era también lo suficientemente inteligente para adivinar que la vinculación política o nacional de Irlanda carecía completamente de valor para los conquistadores, mientas que la nación políticamente dominada permanecía poseedora de la libertad económica. En cuando a este hecho, vemos que la primera cláusula impuesta a la tribu irlandesa bajo los términos de su acto de sumisión indicaba sin duda que las tierras de la tribu debían considerarse como la propiedad privada del jefe; que debía aceptarlas, en consecuencia, como un don de la Corona, que debía conservar en adelante; que tenía que renunciar a su título irlandés, que hacía de él el jefe libremente elegido de una comunidad libre, y aceptar en su lugar un título inglés, como duque o conde y conformarse con las concepciones inglesas sobre la civilización y la sociedad. Todas estas cláusulas eran totalmente contrarias a las ideas irlandesas. El jefe, tal como Mill afirma, no era más que le miembro dirigente de la sociedad tribal, aunque bajo la presión de la constante guerra la elección quedó limitada al los miembros de una o dos familias; sin embargo, el derecho de elección no era jamás rechazado por los miembros de la tribu. Cada vez que las seducciones del oro inglés sobrepasaban el patriotismo de un jefe irlandés, y conseguían que aceptase el sistema extranjero de la propiedad, así como el título extranjero (como es el caso de Art O'neil y de Nial Garbh O' Donnell, de los Queen's O'reilluy de los Queen's Magire), elegían inmediatamente otro jefe en su lugar; y a partir de ese momento el desgraciado renegado era desterrado de su propia tierra y sólo podía pisar su territorio escoltado por lanceros ingleses.

EL SISTEMA DE CLANES

Entonces el sistema irlandés era comparable a las concepciones de derechos y deberes sociales, hoy tan acérrimamente denunciados por las clases dirigentes como "Socialistas". Aparentemente el sistema estaba inspirado en el principio democrático de que la propiedad estaba creada para servir al pueblo, y no el principio ahora universalmente conocido, según el cual el pueblo no tiene otra función que la de ser de por vida el grupo de esclavos de los que por fuerza o por fraude se las han arreglado para asegurarse el control de la propiedad. La gente de esta época no consideraba, naturalmente, que todas la formas de la propiedad productiva pertenecían legítimamente a la comunidad; pero tal como recordamos, entonces sólo era la tierra lo importante. Todas las otras formas de propiedad eran insignificantes en comparación, por tanto nos damos cuenta de que eran tan socialistas como el desarrollo industrial de su tiempo lo requería. La civilización inglesa, contra la cual habían luchado, era, por el contrario, profundamente individualista; y debido a su triunfo, hoy recogemos los frutos en las disputas industriales, las crisis agrícolas, los asilos para pobres (3), y las otras instituciones gloriosas de la iglesia (4) y del Estado, que nos ofrecen el lujo de disfrutar con nuestros conciudadanos en esta "parte integrante del Imperio Británico". Los resultados del cambio sobre la vida nacional de Erin son muy bien expresados por las palabras vengativas con las que Aubrey de Vere (5) define la "nueva raza" de explotadores que aparecía entonces:

"Los jefes de los gaélicos encarnaban el pueblo;
los jefes eran la flor, el pueblo la raíz.
Sus vencedores, los Normandos, grandes almas y de sangre pura,
Arrasaron a los irlandeses de la cabeza a los pies;
pero vosotros no sois nobles, sino fantoches y sátrapas.
Vuestros esclavos os detestan, vuestros maestros os desprecian;
La ribera vive siempre, pero los torbellinos bañados de sol
pasan de prisa, arrastrados constantemente por los rápidos."

LA LUCHA NACIONAL

La confederación de Kilkenny en 1.649 y la dispersión consecutiva de los clanes irlandeses, fue la causa directa de esta confusión de pensamiento y de esta falta aparente de orientación que ha caracterizado hasta hoy toda la política irlandesa de los tiempos modernos. Privada de todo tipo de organización política o social que pudiese servir como verdadera base para su

realización práctica, la reivindicación de la propiedad colectiva de la tierra cayó en desuso, hasta que la conquista de una cierta forma de libertad política permita a los niños desposeídos de Irlanda sustituir la sociedad tribal perdida por la idea más compleja y extensa de una nación irlandesa como depositaria y protectora natural de la herencia popular. Pero mientras el proceso de fusión, conducido por un objetivo común, había reunido una vez más los elementos heterogéneos de la sociedad irlandesa en un solo bloque, una nacionalidad, se observaba que en el período intermedio había aparecido una nueva clase social . Una clase abiertamente ultra-nacionalista en cuanto a sus objetivos políticos, que, sin embargo, había tomado como objetivo común con su enemigo el aceptar el sistema social extranjero, con sus manifestaciones consecutivas, la desposesión legal y la dependencia económica de la masa del pueblo irlandés, como parte del orden natural de la sociedad.

LA BURGUESÍA PUJANTE

Los miembros de la clase media irlandesa (7), que gracias a su posición social y a su educación fueron puestos en primera línea como líderes patrióticos irlandeses, debieron su status único en la vida política a dos causas completamente distintas y aparentemente opuestas. Derrochaban su fortuna de la manera como habían encontrado el medio de hacerse un lugar en la vida comercial del "enemigo sajón", integrando sus ideas y adoptando sus métodos, hasta el punto de convertirse en los más rudos de las dos razas, llevando hasta límites extremos su poder de explotadores. Debían su influencia política a su aptitud permanente para rendir homenajes verbales a la causa de la nación irlandesa, que en su vocabulario no significaba más que la transferencia del gobierno de Londres a Dublín, y el traspaso de una parte de las tasas y de las recaudaciones jurídicas a sus bolsillos o a los de sus amigos, que se gastarían entonces, al igual que ahora, en los Cockneys (8). Con tales personas en el gobierno, no es sorprendente que los partidos patrióticos en Irlanda hayan terminado su carrera en la meta del desastre. Después de haber aceptado un sistema social detestable para las mejores tradiciones de un pueblo céltico, desecharon como imposible la realización de la independencia nacional. Con su primera acción confirmaban su aprobación de un sistema dado en las privaciones varias de sus compatriotas; con la segunda, dejaban el destino de su país a la suerte de un Imperio, donde la humillación de los dirigentes criminales es la única posibilidad del pueblo irlandés de ver un renacimiento nacional y social.

Para compensar esta grosera traición, los políticos de la clase media

ofrecen la Home Rule. Analizar exactamente lo que la Home Rule aportaría a Irlanda es una tarea algo difícil, en la medida en que cada uno interpreta la "cosa" a su manera y según sus preferencias. La afirmación más segura sería quizás considerar como Home Rule el proyecto de ley propuesto por M. Gladstone. Ya que este proyecto representa lo máximo que la valentía de hombre de gobierno de M. Parnell —con la colaboración de una sólida falange de ochenta y seis miembros del Parlamento— puede arrancar del miedo y del favor del liberalismo inglés (9), resulta probablemente bastante lógico suponer que ninguna organización irlandesa exclusivamente política pueda jamás mejorar esta concesión por la alianza con el uno o el otro de las dos grandes facciones que velan por los intereses de la clase pudiente inglesa. La Home Rule proponía el establecimiento en Irlanda de un poder legislativo local que sería cuidadosamente privado de todos los poderes y atribuciones que se —consideran— con el consentimiento general de los pueblos civilizados pertenecientes a la esfera de actividad y a las funciones de gobierno; que no tendrían poder para controlar la política exterior, el servicio de correos, el comercio, los telégrafos, el cambio de divisas, las aduanas y los impuestos, los pesos y medidas, los derechos de autor y los diplomas, la sucesión real, o el ejército, la marina, la milicia o los voluntarios.

LA HOME-RULE. SU SIGNIFICADO.

El único resultado que se concibe de tal situación habrá sido la creación en Irlanda de una horda de cazadores de plazas y de funcionarios gubernamentales que, seguros de conseguir un buen sueldo para sí mismos, habrían tenido el papel de barrera entre el pueblo y sus opresores. En base a este método, el poder legislativo inglés hubiera podido librarse de una parte de sus tareas domésticas, y así estar más libre de perseguir su política de agresión al extranjero, y hubiera alegrado el corazón de los políticos patrióticos más fanáticos. El que hayan sido demasiado tontos para aprovechar la ocasión es una bendición que los perspicaces demócratas irlandeses no podrán jamás agradecer lo suficiente.

El segundo proyecto de la Home Rule era ligeramente más democrático que el primero, por ello el gobierno no hizo ningún esfuerzo para imponerlo en la Cámara Alta (10). El partido liberal inglés —el partido político más hipócrita de Europa— ha tenido siempre sus dos formas favoritas de destruir proyectos odiosos de reforma. La primera: la difamación y oposición sin escrúpulos; la segunda: la aceptación teórica de la reforma, pero con el aplazamiento a una fecha indeterminada para su realización práctica, o un nuevo aplazamiento bajo uno u otro pretexto, hasta acabar con el coraje de los reformadores y con

las organizaciones desmembradas. El primer método fue puesto en marcha por el genio Parnell; en cuanto al segundo, dejamos que lo testifique el actual caos político irlandés.

Considerando que la Home Rule por sus propios méritos no es más que una burla ante las aspiraciones nacionales irlandesas, nuestro líderes de la clase media han infundido pacientemente en la opinión pública la creencia de que la aplicación de la Home Rule significaría la instalación inmediata de fábricas y la abertura de minas, etc. en toda Irlanda. Ello les parece el ideal perfecto: una sociedad irlandesa compuesta de empleados que hacen fortuna y trabajadores que dan su vida por su salario semanal. Sin embargo, los hombres que hablan de esta manera deben ser o bien completamente ignorantes de las condiciones de la industria moderna, o bien, por algún motivo que ellos saben por sí mismos, deben engañar expresamente a los que les dan confianza. Crear con éxito una industria en cualquier país, hoy en día, necesita al menos dos cosas, de las cuales Irlanda carece, y que jamás podrá poseer ninguna de las dos. La primera es la posesión del dinero necesario para comprar las máquinas y la materia prima para el equipamiento de sus fábricas, y la segunda son consumidores para comprar las mercancías una vez producidas. Actualmente, vemos que Inglaterra, que ha comenzado su industrialización antes que cualquier otra nación, que ha extendido su comercio y perfeccionado sus máquinas durante al menos ciento cincuenta años, que ha creado una nación de obreros altamente cualificados, hábiles en todos los campos de realización industrial, Inglaterra, el país más rico del mundo, ha conducido sus industrias a tal grado de perfección técnica que sus clientes no pueden asegurar su producción. Puede proporcionar mercancías de todo tipo mucho más deprisa que el mundo es capaz de adquirir y consumir; consecuencia directa de esta vasta potencia productora es que se vea obligada cada dos o tres años a detener su industria de forma total o parcial, incluso a cerrar sus fábricas, despedir a sus trabajadores, y obligarlos a errar en el desempleo forzado y en la penuria, hasta que las mercancías que ellos han producido sean compradas y consumidas por otras personas, sus clientes.

MERCADOS LIMITADOS

Recuerden que también Alemania, Francia, Italia, Bélgica, Austria, Rusia, cada estado del continente europeo, así como América, la India, la China y Japón, todos entran en la lucha; combaten enardecidamente no sólo para producir lo que encargaban a Inglaterra que les proporcionase, si no también para alcanzar a Inglaterra en los mercados mundiales. Tengan presente que para estos países la gran dificultad es encontrar clientes, que la

firma más antigua en este comercio, es decir, el Imperio Británico, descubre que sus clientes no pueden asegurar la actividad de sus industrias y sus fábricas. Recuerden todo esto, y después díganme como la pobre Irlanda, desechada y despojada de toda energía humana, huyendo por todos sus poros, con una población casi totalmente agrícola, ignorante de las necesidades técnicas, puede establecer nuevas fábricas, y dónde encontrará los consumidores que las hagan funcionar. Ella no puede crear nuevos mercados. Este mundo queda finalmente restringido, y las naciones de Europa trazan un camino tan rápidamente y hasta los lugares más recónditos, que, dentro de unos años el mundo entero será desechado como mercado por sus mercancías.

FÁBRICAS: TRABAJO Y EXPLOTACIÓN

En las ciudades industriales, en los talleres navales, en las minas de carbón, en los sindicatos (11), o en las Bolsas de Valores de Inglaterra, en nuestro continente o en América, en todas partes se oye las misma afirmación: "La fabricación de productos del algodón, seda, metal, carbón y de naves de todo tipo sobrepasa la demanda; debemos reducir la velocidad, los salarios de los trabajadores y cerrar nuestras fábricas. No hay suficientes clientes para mantener nuestras máquinas en funcionamiento". A la vista de tales hechos, el patriota irlandés rechazará los discursos vanos y reconocerá de buen grado que a Irlanda le resulta imposible hacer lo que los demás países no pueden hacer, a pesar de todas sus ventajas, es decir, obtener la prosperidad por el establecimiento de un sistema industrial en un mercado mundial ya saturado de todos los alimentos imaginables. También es bueno recordar que incluso en condiciones óptimas, incluso si por algún milagro fuésemos capaces de recubrir los campos de la verde Eire con enormes y horribles fábricas, con caminos cubiertos de masas de humos nocivos, envolviendo la isla con una oscura desolación... Incluso entonces, comprenderíamos rápidamente que, en las condiciones nacidas del sistema capitalista, nuestra única esperanza de mantenernos como nación industrial dependerá de nuestra capacidad de trabajar más tiempo y más duro por un salario más bajo que en las demás naciones europeas, con el fin de que nuestra clase media tuviese la posibilidad de vender sus mercancías a un precio inferior que el de sus competidores. Ello viene a decir que nuestra posibilidad de hacer de Irlanda un país industrial depende de esta condición, es decir, que nos convirtiésemos en los últimos de Europa. Aun así, estos esfuerzos estarían condenados al fracaso, puesto que la llegada del hombre amarillo en la arena de competición —el rápido desarrollo del sistema capitalista en China y Japón— hace imposible a partir

de ahora el nacimiento de otra nación industrial en Europa.

Se dice que no tenemos quizás necesidad de crear una industria o de intentarlo, pero que al menos podemos establecer la propiedad rural, hacer de cada hombre el propietario de su granja, dejar vivir la hombre cultivando su jardín, o al menos su propio campo de patatas. En primer lugar, opino que una medida como ésta, si es factible, denota una justicia muy discutible. Hacer de la tierra de un país la propiedad de una clase es igualmente injusto, tenga esta clase centenares o miles de elementos. La tierra de un país pertenece por naturaleza al pueblo de este país, no a una clase cualquiera, ni tampoco a una sola generación de este pueblo, cualquiera que sea. La posesión privada de la tierra por parte de los "landlords" representa una injusticia para la comunidad entera, pero la creación de una propiedad de los campesinos tendería a reproducir y a consagrar esta injusticia, en la medida en que marginaría a la clase obrera, al igual que a los miles de ancianos desposeídos de sus granjas, que la ley del landlord empujó hacia las ciudades irlandesas o hizo atravesar el océano.

LA TÉCNICA AGRÍCOLA

Nos preguntamos cómo nuestros pequeños granjeros van a adaptarse a una situación semejante, o a la desvelada en la conferencia de la American Social Science Association de 1.878. Allí se afirmó que la ciencia y la investigación, después de haber consagrado tanto tiempo al la industria, han desviado su atención hacia la agricultura, y en consecuencia, han llevado a cabo casi una revolución en este campo de la actividad humana. Arados que, trillados por caballos, labran más de cinco acres por día (12), es decir la extensión de buena parte de las granjas irlandesas, y arados automóviles que hacen bastante más; máquinas para sembrar el grano, con las que un muchacho y un caballo pueden hacer tres veces el trabajo de un hombre, y mejor; máquinas para recoger la siembra, con las que un hombre con algunos caballos pueden hacer el trabajo de al menos sesenta hombres utilizando instrumentos manuales; máquinas para recoger la siembra, que no sólo la cortan, si no que también la atan, son hoy en día tan corrientes en Inglaterra como en América, que ya no llaman la atención. También hemos oído hablar de máquinas que cortan y separan la envoltura del grano, y los meten en sacos, con la única intervención del técnico que se ocupa de la máquina. Para recoger el trigo, un hombre o un muchacho, con un caballo o una máquina, pueden hacer el trabajo de veinte hombres recorriendo un acre por hora.

Hay que tener presente que todo ello sólo le es posible al granjero que posee miles de acres. Solamente el precio de la menor de la máquinas bastaría

para arruinar al pequeño campesino medio de Irlanda, con el agravante que mientras su competidor americano puede enviar su cosecha a miles de kilómetros de distancia por tren, embarcarla, hacerla llegar al otro lado del Atlántico, y finalmente, vendérnosla al mismo precio o más barata, que nuestros productos locales. La competencia de la carne de buey y de cordero congelado ya ha causado daños incalculables en el mercado de la carne en Irlanda. En los últimos meses, he recibido la noticia confidencial de un contrato firmado con la Peninsular and Oriental Steamship company para el transporte de mantequilla entre los inmensos ranchos de ganado de Australia y cualquier puerto de Gran Bretaña o de Irlanda, a un precio que condena a la ruina a las explotaciones lácteas de estos países. Mientras podemos respetar rigurosamente estos "derechos de propiedad" sobre las tierras adquiridas por nuestros granjeros, para evitar al aparente injusticia, debemos reconocer, no obstante, que la propiedad campesina en sí misma no ofrece ninguna esperanza de vida libre y despreocupada, ni siquiera al propietario-explotador.

LOS EFECTOS DE LA CONQUISTA

Antes de prever el futuro, debemos comprender y utilizar un sentido correcto de las proporciones en nuestro estudio de la historia acaecida. Veamos cuáles son los elementos que condicionan la vida en Irlanda hoy, y de donde proceden. Según los más eminentes expertos que han tratado alguna vez este tema, Irlanda es capaz de mantener una misma cantidad de población, pero sin embargo, padece una penuria crónica. Cada barco que abandona nuestros puertos va cargado de productos destinados al consumo, mientras que las gentes cuyas rudas manos han recogido esta cosecha se debaten entre la miseria y la necesidad, o bien se alejan de las riberas de esta tierra fértil como si se tratara de la árida arena de un desierto. La clase propietaria de las tierras, invadida de la locura que precede siempre a la destrucción, exige sus alquileres hasta el último centavo, allí donde puede ejercer, mediante la persuasión o la fuerza, un poder legislativo, al igual que exige a sus benevolentes agentes que lo apoyen en sus extorsiones. El granjero capitalista (13), ente la espada y la pared debido a la presión de la competencia, intenta en vano sostenerse en pie y mantener su explotación en vida, mediante una lucha incesante con el propietario de las tierras de un lado, y mediante la opresión sin piedad del trabajador del otro lado; el pequeño explotador, totalmente falto de esperanza en el futuro, cae en un estado de miseria social, que no se da en ninguna tierra salvaje; el trabajador agrícola, al igual que el trabajador de ciudad, aporta su fuerza, su inteligencia, sus capacidades físicas e intelectuales, y las ofrece en el mercado de explotación a los hombres más ricos a cambio de un miserable

salario. La anarquía y la opresión reinaba en todas partes, si bien ello apenas nos asombra, puesto que incluso los más ortodoxos de entre nosotros estamos tentados de repetir las palabras del español Don Juan Aguilar, después de la batalla de Kinsale (14): "Ciertamente Cristo no murió jamás por este pueblo".

LA UTILIZACIÓN DE LA TIERRA

Estas son las condiciones en las que se vive hoy en Irlanda. Nos preguntamos de dónde proceden estas condiciones. Hay dos cosas necesarias en la vida cotidiana de Irlanda, como en cualquier otro país. Son la tierra y el trabajo. Provista de estos dos elementos, la raza humana tiene en su poder todos los factores requeridos para el bienestar de la especie. De la tierra, el trabajo obtiene a la vez la alimentación y la riqueza mineral con la que puede construir y adornar sus habitáculos, y proporcionar su vestimenta. Por ello, la posesión del suelo es en todas partes la primera exigencia de la vida. Después de considerar esta afirmación como demasiado evidente para tener la necesidad de profundizar en su explicación, llegamos en seguida a la conclusión de que, ya que la tierra es tan necesaria para nuestra existencia, la primera preocupación de toda comunidad en regla debería ser la de garantizar la utilización de esta tierra, al igual que el derecho de beneficiarse libremente de sus frutos, a todos los miembros de la comunidad, actual o futura, nacidos o por nacer.

LA UTILIZACIÓN DE LA PRODUCCIÓN

El momento en que la tierra de un país escapa de las manos de la comunidad como empresa pública, y de propiedad común del pueblo entero pasa a ser propiedad privada de algunos individuos, este momento marca el inicio de la esclavitud para este pueblo y de la opresión para este país. Cuando la tierra es propiedad individual, inmediatamente surgen dos clases sociales antagónicas, la que posee la tierra y exige de la otra un alquiler por tener permiso de ocuparla, y la que se ve obligada por un aumento constante de sus efectivos a ofrecer una parte cada vez mayor del producto de su trabajo como tributo a la clase superior, que se convierte en la dueña de la existencia de sus hermanos naturales. Si la tierra es propiedad común del pueblo, una cosecha abundante será considerada como una adicción a la riqueza de la comunidad, que garantizará las necesidades de cada uno de los miembros. Si la tierra es propiedad privada, la cosecha abundante deberá venderse para satisfacer las malversaciones del propietario, y mientras el producto de la venta de la producción de sus tierras va a parar a su propio bolsillo, las familias que han

recogido la cosecha pueden estar muriendo de hambre.

Al igual que un crimen da lugar a otro, un absurdo hecho económico conlleva inevitablemente una serie de consecuencias absurdas, cada una más desastrosa que la anterior. Cuando la producción agrícola para la venta y el beneficio privado, era casi irremediable que la producción de casi todos los objetos necesarios para la vida fuera sometida a las mismas condiciones. En consecuencia, vemos que la alimentación, las costumbres, las casas y los muebles no se fabrican con el fin de que la gente se alimente, se vista, cobije o se beneficien del confort, sino con el fin de permitir que la clase que ha tomado posesión de la tierra tener las máquinas, las fábricas y los almacenes necesarios para la producción de lo bienes de base, y así asegurarse una vida confortable a expensas de los demás humanos. Si el propietario y la clase asalariada piensan que pueden obtener un sueldo o un beneficio permitiendo que la gente se alimente, se vista o tenga una vivienda, es cuando estos últimos son autorizados a hacerlo bajo la dirección de los primeros, en el momento, lugar o manera que complazca los deseos del patrón. Si por el contrario, opinan que será más positivo rechazar este derecho (como lo hacen en cada expulsión, huelga o lock-out), entonces rechazan este permiso, y sus compatriotas siguen en la miseria, los niños mueren de hambre ante sus ojos, las mujeres y las madres viven atormentadas ente el dolor y la penuria, en la isla que sus padres solían llamar "la Isla de los Bienaventurados".

LA FUERZA DEL TRABAJO

Debido a varias causas históricas, los trabajadores se han visto despojados de todo por lo que pueden subsistir y se han visto obligados a ganarse la vida mediante su aptitud para trabajar, su fuerza de trabajo. El trabajador descubre que la condición esencial para conservar su vida no es otra que la de vender una parte de esta vida, par el servicio y beneficio de otro. Que la venda por horas, jornadas, semanas o meses, es lo de menos; debe venderla o morir de hambre.

Sin embargo, el trabajador es un ser humano, con todos los poderes y aptitudes de una persona en sí, al igual que un propietario de tierras, un capitalista o cualquier otro miembro de la sociedad. Pero cuando acude al capitalista para formar su contrato, que significa poner en venta su vida a trozos, para aprovecharla entera, descubre que debe renunciar prudentemente a cualquier reivindicación para ser considerado un ser humano, y tiene que ofrecerse en el mercado bajo la misma ley que regula la compra o la venta de cualquier objeto inanimado, útil y sin vida, como un par de botas, un sombrero de paja o una chaqueta. Ello significa que el precio para esta venta a plazos de

sí mismo dependerá del número de personas obligadas por el hambre a firmar el mismo horrible contrato.

SIN DIFERENCIA ALGUNA

Ocurre lo mismo en el caso del granjero que quiere alquilar una granja en el libre mercado. Cada competidor intenta aumentar la oferta anterior, hasta que el alquiler se fija habitualmente en proporción a la suma que se obtendrá posteriormente con la subasta de la producción de la franja. El agricultor descubre que, en las épocas de grandes cosechas, cuando en el mundo entero abundan los frutos de la tierra, el exceso de producción con respecto a la demanda real provoca un descenso del valor de los productos de su granja, de modo que su trabajo es apenas recompensado. En las épocas de penuria, cuando se puede obtener un buen precio, tiene por el contrario poca cantidad para vender, sus clientes no tienen medios para comprar, y el propietario o el prestamista se muestran más implacables que nunca en sus exigencias.

Como remedio para esta serie de males, es totalmente absurdo pensar en la Home Rule. Sus partidarios ignoran completamente la cuestión o bien concentran su atención en vanas tentativas para mejorar el sistema mediante proyectos de reforma que cada día pasan más desapercibidos. El patrón que se dirige al ministerio de Agricultura para un evaluación judicial de sus tierras, descubre que, paralelamente a la regular caída de los precios agrícolas (favorecida por las tarifas ferroviarias que benefician a los productos de importación), el alquiler "justo" de un año se convierte en el alquiler desorbitado de otro, y aquél que reivindica las cláusulas de compra de la Ley Agraria descubre que, habiendo escapado de la tiranía del propietario, acaba chupándole la sangre el poder impersonal del prestamista.

UNA REPÚBLICA SOCIALISTA

Ante tales hechos, la honestidad del trabajador irlandés se desespera y une su voz a la de los nacionalistas intransigentes, buscando en la reivindicación de una República Socialista irlandesa la salida del complicado laberinto de factores de la economía moderna. El problema es grave y difícil, sobre todo a causa de la ignorancia general sobre las condiciones determinantes de la economía y de los múltiples intereses en juego, intereses que deben ser atacados y modificados en el camino de la solución. No se puede garantizar que esta solución sea absolutamente perfecta en todos sus detalles, si no que configura un plan de reforma por medio del cual puede prepararse el terreno para un cambio revolucionario en la estructura de la sociedad, que puede

marcar el inicio de un sistema idealmente justo.

La agricultura irlandesa no puede competir con las granjas de Norteamérica —equipadas científicamente—, así que su única esperanza hoy en día es abandonar completamente la competencia como ley de vida y organizar la agricultura como servicio público bajo el control de oficinas ejecutivas elegidas por la población agrícola (tampoco compuestas de granjeros y de trabajadores sino de ciudadanos libres e iguales en responsabilidad y consideración), responsables hacia ella y el país en general, con todas las ayudas científicas y técnicas agrícolas que el conjunto de recursos de este país pueda poner a su disposición. El producto del suelo irlandés debe, en primer lugar, cubrir las necesidades del pueblo irlandés, y tras haber guardado una cantidad suficiente a tal fin, el excedente debe ser intercambiado por los productos manufacturados de otros países, que Irlanda necesita pero no produce.

De este modo, acabaremos de una vez con la amenaza de la competencia extranjera y daremos por inútil cualquier tentativa de crear un infierno industrial en Irlanda bajo el seductor pretexto de "desarrollar nuestros recursos".

Habría que aplicar en la industria el mismo principio social, dejar a la organización cooperativa de los trabajadores acabar la guerra de clases capitalistas y transformar el capitalismo en sí, para que deje de ser el aprovechado irresponsable y se convierta en un empleado público desempeñando una función pública bajo el control de todos. Se habrá de reconocer el derecho de todos en las posibilidades legales de desarrollar al máximo todas las fuerzas y los dones que posean, garantizando a todos nuestro compatriotas, hombres y mujeres, débiles y fuertes, los ignorantes como los inteligentes, las personas honradas al igual que la gente sin escrúpulos, la vida más positiva, la más libre, la más llena, que una sociedad inteligentemente organizada pueda ofrecer a cada uno de sus miembros.

EMANCIPACIÓN TOTAL

"Sin embargo", dirá Vd., "esto significa una República Socialista, apoya todas las instituciones en las que se funda el Imperio Británico, no se puede realizar sin la independencia nacional". Estoy seguro que nadie me acusará de reavivar el fuego del odio nacionalista cuando afirmo con mi deliberada y consciente convicción que la democracia irlandesa debería obrar de forma decisiva a favor de la liberación del país del yugo que ata su destino al de la Corona Británica. Los intereses de los trabajadores del mundo entero son idénticos, evidentemente, pero también es verdad que cada país debería

conseguir su bienestar a partir de las bases que le convengan más a su propio pueblo. Las características nacionales y raciales de los pueblos ingleses e irlandeses son diferentes, su historia y sus tradiciones políticas son opuestas, el desarrollo económico de uno no es el mismo que el del otro, y finalmente, aunque hayan mantenido un estrecho contacto desde hace setecientos años, el irlandés céltico es hoy todavía un problema tan irresoluble para el inglés más amigo, como el día en que los dos países se asociaron por primera vez en una unión maléfica.

¿QUIÉN ES EL PUEBLO?

Pero, el lector se pregunta a quién fastidia la tarea de realizar esta reducción de las clases dirigentes. Sin duda, al pueblo irlandés. ¿Y qué es el pueblo irlandés? Cuestionamos si es el capitalismo ávido de dividendos, la demagogia del patriotismo o el beneficio obtenido de los trabajadores irlandeses; tal vez se trate del hombre de ley calculador —el más inmoral de todas las clases—, el propietario de fondas miserables, que denuncia los alquileres excesivos en los pueblos y los practica en las ciudades; tal vez, ninguna de estas clases domina hoy en día la política irlandesa. O quizás, es más bien la clase laborista irlandesa, la única base sólida sobre la que una nación libre puede fundarse, la clase trabajadora irlandesa, quien ha soportado las consecuencias de cada combate político, y no se ha aprovechado de ninguno, quien es hoy la única clase en Irlanda que no tiene ningún interés en favorecer la prolongación de las formas políticas o sociales de la opresión, es decir, la supeditación británica o el sistema capitalista. la clase obrera irlandesa debe emanciparse, y de este modo liberar su país irreversiblemente. La liberación social exige el traspaso de la tierra y los instrumentos de producción de las manos privadas a la propiedad pública o colectiva de la nación entera. Ello conlleva un sistema social basado en la democracia más absoluta, y al establecer este necesario sistema social, la clase trabajadora debe oponerse a toda forma de gobierno que pudiese poner en peligro el control total de todos los recursos del país por el pueblo irlandés.

Por tanto, corresponde a la clase trabajadora la tarea de obtener la representación política como etapa preliminar hacia la conquista del poder político. Esta tarea sólo pueden asumirla seriamente hombres y mujeres que reconozcan que la primera acción de un ejército revolucionario debe conectar teóricamente con las de los que serán sus sucesores, y de este modo ningún revolucionario puede asegurarse la colaboración de hombres o de clases cuyos ideales no sean los suyos, y tener que combatir desde una visión crítica del camino hacia la libertad. A esta categoría pertenecen los miembros de las

clases pudientes, al igual que todas la personas de esta clase que creerán en la justicia de su posición de clase. La libertad de la clase trabajadora debe conseguirla ella misma. No olvidemos que la intimidación hacia el esclavo provoca la audacia frente al tirano, mientras que la virilidad y la decisión de los revolucionarios asusta siempre al opresor, hasta el punto de hacerle disimular su odio bajo apariencias reformistas. Una vez asimilado todo esto, os ruego que luchéis por vuestra clase en todo momento.

POR UNA SEMANA LABORAL MÁS CORTA

Nuestro pueblo se dispersa hasta los puntos más recónditos de la tierra; intentad retenerlos en el país reduciendo en todos los ámbito de las horas de trabajo, allí donde podáis y bajo leyes que lo controlen. Vuestros ferrocarriles irlandeses emplean a miles de hombres, que trabajan una media de doce horas diarias. Si se redujesen las horas de trabajo a cuarenta y ocho semanales, habría trabajo para los miles de irlandeses que viven hoy en día lejos de su país natal. Hay que exigir en el Parlamento una ley de ocho horas diarias para trabajar en los ferrocarriles. Nuestros municipios irlandeses y las demás entidades públicas controladas por el sufragio electoral emplean también a miles de hombres. Trabajan un promedio de diez horas diarias, con un sueldo bastante ridículo. Por ello hay que insistir en que los servicios oficiales irlandeses establezcan la jornada de ocho horas en todos sus departamentos. Ellos al menos no tienen competencia extranjera (15). En caso de no tener influencia sobre estos servicios, podemos al menos hacer salir del terreno político a los que se llaman a sí mismos patriotas y que rechazan crear una jornada de ocho horas con un salario decente para sus empleados forma prácticamente parte de una conspiración con el gobierno británico para expatriar al pueblo irlandés, más que de pagar medio sueldo por libre de salario de más. En todas nuestras ciudades los niños de las clases trabajadoras mueren prematuramente por falta de alimentación abundante y sana. Al igual que nuestros municipios y servicios públicos proporcionan agua a la población, sin abonarla directamente, y hacen pagar en función de los salarios, que proporcionen también en nuestras escuelas, desayunos, comidas y meriendas gratuitas para los niños, pagando de la misma manera. Sin prejuicio de la personalidad moral de los padres, hay que proteger por nuestros medios a los niños de la degeneración física y mental, evitando así a los profesores la imposible tarea de instruir a la fuerza un niño cuyo espíritu está debilitado por el hambre resentida en su cuerpo. Para la etapa siguiente, es necesario que las administraciones y organismos públicos establezcan en todo el país depósitos para proveer a la población de pan y todas las necesidades vitales

a precio de coste y sin la intervención de intermediarios.

Cuando hayamos exigido, aparte de las reformas citadas más arriba, la abolición de nuestro horrible sistema de asilos de pobres, y la imposición de un considerable impuesto en proporción a una escala progresiva sobre todos los ingresos superiores a 400 libras al año, de modo que se ofrezcan pensiones confortables a las personas mayores, a los enfermos, a las viudas y huérfanos; entonces, habremos suscitado un nuevo espíritu en las población, habremos basado nuestra acción revolucionaria en una apreciación correcta de las necesidades del momento, al igual que de los principios fundamentales de la justicia social y de la nacionalidad intransigente; habremos puesto de nuestro lado, como debería hacer siempre el verdadero revolucionario, la totalidad de las fuerzas y de los factores de la situación social y política. Al utilizar el voto revolucionario, habremos invadido el ambiente en Irlanda con tanta "traición" (16), lo habremos saturado de tanto espíritu de rebelión, que ahora está lleno de la hipocresía del compromiso y del pecado mortal; de este modo, habremos establecido una sólida base para una acción futura más eficaz, mientras que aquellos a los que debemos enfrentarnos en nuestro camino hacia delante, nuestra fe en la revolución socialista les aportará la certidumbre de que, si dirigimos nuestras actividades hacia el beneficio, a pesar de ello, cuando salga el sol sobre nuestra libertad, si han servido lealmente a los demás humanos a la hora de luchar, ellos y sus hijos, y los hijos de sus hijos serán siempre protegidos de la necesidad y de la privación mediante la garantía más segura jamás disfrutada por el hombre, la garantía ofrecida con toda gratitud, las almas leales, la inteligencia, y la empresa del pueblo irlandés en la República Socialista Irlandesa.

1.897 - James Connolly

(1) Gladstone: Primer ministro británico de tendencia reformista. partidario de conceder a Irlanda un cierto grado de autonomía. Fracasó su proyecto autonomista ante la oposición del resto de fuerzas políticas.
(2) Los "brehons" eran los juristas de la sociedad irlandesa primitiva
(3) "Poor-houses": durante la revolución industrial, tipos de asilos que eran también fábricas que utilizaban mano de obra muy barata.
(4) A la Iglesia de Inglaterra, ligada al Estado, a la cual estaban supeditados los Católicos.
(5) Aubrey de Vere (1.814-1.902): discípulo de Ferguson, que valía de la mitología irlandesa para escribir "una nueva poesía".
(6) Confederación de Kilkenny: alianza entre las clases gaélicas y los colonos ingleses, católicos, los instalados desde más antiguo, en favor de los partidarios del rey, durante la guerra civil inglesa. Cromwell fue quién puso fin a ello.
(7) "middle class": la burguesía, en oposición a la aristocracia.
(8) "Cockneys": los londinenses.
(9) El partido liberal, alusión a Gladstone.
(10) La cámara de los Lores, que juzgaba en última instancia.
(11) Los sindicatos de patronos e industriales.
(12) Un acre = 40 áreas
(13) Granjero capitalista: el propietario-explotador, entre el gran propietario que vive fuera de sus tierras y el que la alquila.
(14) El desastre de Kinsale da fin a la última guerra gaélica, librada por O´Neil con ayuda española, en 1.601.
(15) Irónico: la competencia extranjera era el argumento opuesto a las reivindicaciones de los trabajadores de la época de libre intercambio.
(16) La "traición" de los irlandeses contra la Corona.

EL NACIONALISMO IRLANDÉS

El texto que les presentamos forma parte del ensayo político "El pueblo soberano", escrito por Pearse en marzo de 1.916, un mes antes de la insurrección.

La insurrección de Pascua de 1.916 surgió de la alianza del nacionalismo revolucionario, representada por P. Pearse, con el socialismo popular, representado por J. Connolly.

La independencia nacional supone la soberanía nacional. La soberanía nacional posee una doble naturaleza, a la vez interna y externa. Significa la soberanía de la nación sobre todos sus componentes, sobre todas las personas y sobre todo lo que está en la nación: significa la soberanía de la nación opuesta a todas las otras naciones. La nacionalidad es un hecho espiritual, pero la expresión nacional conlleva la libertad de movimientos y la fuerza física encargada de proteger la libertad de movimientos es necesaria para la perennidad de la nación. Sin ella la nación se hunde, se debilita y al final puede morir. Sólo una nación muy firme, una nación como Irlanda cuyo poder espiritual e intelectual es muy grande, puede vivir sin ella más de varias generaciones, pero sin libertad; incluso una nación igual de testaruda que Irlanda acabaría sin duda muriendo. Así pues, la libertad de movimientos significa precisamente el control de las condiciones necesarias para una vida sana y vigorosa. Resulta evidente que esto es en parte material, y por tanto, la libertad nacional supone el control de las condiciones necesarias para una vida sana y vigorosa. Resulta evidente que esto es en parte material, y por tanto la libertad nacional supone el control de las cosas materiales esenciales para la supervivencia material y para la libertad de la nación. En consecuencia, la soberanía de la nación se extiende no sólo a todos los hombres y mujeres de la nación, sino también a todas la posesiones materiales de al nación, el suelo nacional y todos sus recursos, todas la riquezas y los medio de producción de la nación. En otras palabras, no hay ningún derecho privado de propiedad en contra del derecho público de la nación. Pero la nación tiene la obligación moral de utilizar su derecho público para asegurar a todos los hombres y mujeres de la nación los mismos derechos y las mismas libertades. El conjunto está autorizado a buscar la felicidad y la prosperidad del conjunto, por ello debe buscarse con el fin de permitir a cada uno de los individuos que componen el conjunto, el acceso a la felicidad y a la prosperidad, una felicidad y prosperidad compatible al máximo con la felicidad y la prosperidad de resto.

Podemos resumir todo esto en algunas simples frases:

1. El objetivo de la libertad es la felicidad humana.
2. El objetivo de la libertad nacional es la libertad individual, es decir, la felicidad individual.
3. La libertad nacional supone la soberanía nacional.
4. La soberanía nacional supone el control de todos los recursos morales y materiales de la nación.

He insistido en el hecho espiritual de la nacionalidad: he insistido en la necesidad de libertad de movimiento para la continua preservación de este hecho espiritual en un pueblo vivo; insisto ahora en la necesidad de un control completo de los recursos materiales de la nación, para que esta libertad sea completa. Creo que así doy el lugar y la importancia que hay que dar a lo que llamamos "el fundamento material de la libertad". Los recursos materiales de una nación no son la nación, al igual que la alimentación del hombre no es el hombre. Sin embargo, los recursos materiales son tan necesarios para la vida de una nación como lo es la alimentación para la vida del hombre.

Proclamo que la soberanía nacional sobre los recursos de una nación es absoluta, pero que, claro está, tal soberanía debe ejercerse para el bien de la nación y sin prejuicios en lo que concierne los derechos de las otras naciones, ya que la soberanía nacional, tal como todo lo que existe, debe obedecer las leyes de la moral.

El bien de la nación es, finalmente, el bien de los individuos, hombres y mujeres, que componen la nación. Concretemos qué es una nación. Lo son los hombres y las mujeres, todos sus hombres y mujeres sin excepción. Normalmente los hombres y las mujeres de la nación tienen los mismos derechos, pero un hombre o una mujer puede perder sus derechos si se convierte en renegado de su país. Ninguna clase social de la nación tiene derecho a privilegios superiores a las otras clases, si la nación no lo consiente. El derecho y el privilegio de dictar o aplicar las leyes no pertenece a ninguna clase social concreta de la nación, si no que pertenece a la nación entera, es decir, a todo el pueblo , y no puede ejercerse legítimamente más que por aquellos que han sido designados por todo el pueblo. El derecho de controlar los recursos materiales de una nación no pertenece a ningún individuo ni a ninguna clase social, si no que pertenece a la nación entera, es decir, a todo el pueblo, y no puede ejercerse legítimamente más que por aquellos que han sido designados por todo el pueblo y de la manera que indique el pueblo entero. Insisto en que ningún derecho individual puede estar por encima del derecho del pueblo entero; pero el pueblo, al ejercer sus derechos soberanos, se ha comprometido moralmente a respetar los derechos individuales, actuar bajo el signo de la igualdad de la misma manera con sí mismo que con los otros miembros, al igual

que velar para que esta equidad entre los individuos se respete.

Insistir en el control soberano de la nación sobre la propiedad en el interior de los límites nacionales no significa rechazar el derecho a la propiedad privada. Corresponde a la nación determinar en qué medida sus miembros pueden disfrutar de la propiedad privada. Corresponde al la nación determinar en qué medida sus miembros pueden disfrutar de la propiedad privada, y en qué recursos materiales de la nación puede autorizarse. Una nación puede, por ejemplo, considerar, como fue el caso de la nación irlandesa libre durante siglos, que la propiedad privada de la tierra no debe existir, y que el conjunto del suelo nacional es propiedad colectiva de la nación. Una nación puede considerar, como es el caso de numerosas naciones modernas, que todos los medios de transporte en los límites territoriales, todas las vías de tren y los canales, son propiedad colectiva de la nación, y deben regirse por la nación para el provecho de todos. Una nación puede ir más lejos y considerar que toda fuente de riqueza, cualquiera que sea, es propiedad nacional, que todos los individuos deben ponerse al servicio del bien común, y deben ser remunerados por ello por la nación de forma adecuada, y que todas las riquezas sobrantes deben ir a parar al tesoro público y ser utilizadas para objetivos nacionales, antes que acumularse en los bolsillos de algunos individuos. No hay nada de divino ni de sagrado en ninguna de estas proposiciones, se trata de asuntos puramente humanos, sujetos a discusión y a ajustes entre los miembros de una nación, asuntos en los que la decisión final pertenece a la nación entera, asuntos en los que la nación entera puede revisar o anular sus decisiones, en base al interés general. No rechazo el derecho de propiedad privada, pero insisto en el hecho de que toda propiedad sea sometida a la aprobación nacional.

Algunos días después de su arresto, Pearse fue fusilado junto a los otros jefes de la insurrección. Sus cuerpos fueron enterrados en cal viva para que los irlandeses no pudieran conservar reliquias de sus héroes.

Repito de nuevo que el pueblo es la nación: el pueblo entero, todos sus hombres y mujeres, y en cuanto a las leyes establecidas o las acciones realizadas por los que pretenden representar al pueblo, pero que no habrían sido jamás designados por éste, ni implícita ni explícitamente, estas leyes y estas acciones no tienen nada que ver con el pueblo; hay que considerarlas como una usurpación, una impertinencia, sin ningún valor. Por ejemplo, un gobierno de capitalistas, un gobierno de clérigos, un gobierno de hombres de leyes, de nómadas, o de borrachos o de personas nacidas en martes, no representa al pueblo, no corresponde al pueblo a menos que haya sido elegido

y aceptado por el pueblo para representarlo y gobernarlo; y en este caso, pasa a ser el gobierno legítimo del pueblo, y durará hasta que éste ponga fin a su mandato. Así pues, el pueblo, si es inteligente, no elegirá a sus legisladores y administradores sobre bases tan arbitrarias y fantasiosas como la posesión de un capital, el hecho de ser borracho, o el de ser nacido en martes, ya que un gobierno designado de esta forma o representante ante todo (aunque no sea deliberadamente) de los capitalistas, de los borrachos o de las personas nacidas en martes, dictará leyes y gobernará inevitablemente a favor de los capitalistas, los borrachos o las personas nacidas en martes, según el caso. El pueblo, si es inteligente, escogerá como legisladores y administradores a hombres y mujeres real y plenamente representativos de todos los hombres y mujeres de la nación, de los que no poseen nada y de los que poseen algo. Considerarán que el azar llamado "propiedad", "capital", "riqueza", la posesión de lo que se denomina un "desafío", no dificulta automáticamente el derecho de representar al pueblo, más que el azar de ser un borracho o de haber nacido en martes. Y para que el pueblo pueda escoger como legisladores y gobernantes hombres y mujeres que lo representen real y plenamente, la elección debe caer siempre en manos del pueblo entero. En otras palabras, cuando él pueda si así lo quiere, en el ejercicio de su derecho soberano, conceder el mandato a una casta cualquiera, es decir, adoptar un sistema de electorado limitado, deberá, si es inteligente extender el electorado lo máximo posible, y dar el derecho de votar a todos los adultos sanos de espíritu. Restringir el derecho de voto de una forma o de otra significa preparar una usurpación futura en los derechos del pueblo soberano. El pueblo, es decir, el pueblo entero, debe permanecer soberano, no sólo en teoría, si no también en la práctica.

Afirmo pues, el derecho divino del pueblo "el don de Dios a Adán y sus pobres hijos para siempre", a poseer y a conservar esta buena tierra. Afirmo que las naciones, que representan la encarnación de los pueblos organizados, son soberanas y sagradas. La nación es una división natural, tan natural como la familia, e igual de inevitable. Es la razón por la cual una nación es sagrada y el porqué un imperio no lo es. Una nación se caracteriza por sus nexos naturales, nexos místicos y espirituales, nexos humanos y nexos afectivos, en cambio un imperio como mucho sólo tiene nexos de intereses mutuos, y en el peor caso, se mantiene pro la fuerza brutal. Una nación es una familia a mayor escala, en cambio un imperio es una empresa comercial a mayor escala. La nación procede de Dios, en cambio, el imperio procede del hombre, si no es que se trata del diablo.

Padraig Pearse.



Edita: ALTERNATIVA EUROPEA.

Apartado de correos 877
08080 Barcelona (Esp.)